

Suso de Toro

Dentro de la literatura

Alianza editorial

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsuarez.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Suso de Toro, 2022
Derechos de edición negociados mediante Asterisc Agents

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-773-1
Depósito legal: M. 3.130-2022
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prólogo
- 13 1 El tiempo – El juramento, la promesa – Poetas
– La palabra originaria
- 23 2 La palabra escrita – Inocencia y alfabetización
– La máquina que lee – Epitafios
- 31 3 La libertad
- 35 4 Ablandar la magdalena – El tiempo
- 39 5 Las posteridades – Las glorias
- 45 6 Los clásicos – El canon
- 53 7 Fracaso – Preso – Embozado – Irónico –
Desesperado
- 57 8 Quién y cómo fabrica un canon
- 61 9 Yo, Tarzán – Tú, Jane – Yo, autor – Tú, lector
- 65 10 La catadura del autor y sus compromisos
- 75 11 La propiedad de la literatura
- 81 12 La literatura y la buena educación

- 89 13 Literatura «importante»
95 14 Literatura frágil – Escritores frágiles
101 15 Arrogancia, inocencia y hambre
109 16 La herrería de los textos – El herrero de los
secretos – La posesión
117 17 El oficio – Los materiales – Las enfermedades
profesionales
123 18 El oficio – Recoger simientes
127 19 Literatura, el campo de las confusiones – Caos
y orden
137 20 Escribir una lengua
149 21 Letras a palos
157 22 El necesario peso de la tradición
163 23 La carrera de escritor – La fama – El género
literario
169 24 Ahora vuelvo a lo de la carrera literaria
175 25 Los escritores en el mundo social
179 26 Me marchó, que tengo que marcharme
183 Agradecimientos

Prólogo

Si finalmente acaba existiendo este libro que ahora empiezo será porque me lo encargó un amigo, será el primero que escriba obligado por la amistad. Porque tanta es la fuerza de la obligación con este amigo, tanto importan las deudas, que aquí estoy comenzando su escritura, aunque imagino, deseo y espero que sea breve, un librito.

No nos conocemos, lector, lectora, y en el curso de las páginas tampoco nos iremos conociendo, pero nos trataremos. Lo siento, pero es inevitable, porque la lectura, en el fondo, es diálogo, y en este caso pido la licencia para usar ese «tú» con el que acabo de dirigirme a ti, pues lo que cuente aquí, por más que razone sobre un asunto general como es la literatura, al cabo, por tratarse de lo que diga un escritor, son cosas

personales, y, ya que pienso contar cosas de mí, me parece justo y cómodo para ambos ese tuteo que te pido me concedas. Espero no resultar grosero.

Este amigo trabajó más de tres décadas como jefe del Departamento de Educación del Concello de Santiago, y un día y otro me insistió en que tenía que escribir un libro determinado, un libro personal dirigido a quien quisiese adentrarse en la literatura. Como no sé permanecer callado, no le permitía que me acabase de detallar ese encargo que tanto significaba para él y, siempre que me lo decía, me adelantaba a responder «ya sé, ya sé. Ya te entiendo. Que escriba un libro dirigiéndome a lectores explicando, animando e introduciendo en la literatura». Y él asentía como diciendo: «más o menos».

Llevábamos mucho tiempo él insistiendo en ese encargo y yo enredado en mil cosas de la vida hasta que, cuando acabé una novela y él me lo recordó perentoriamente, me quedé sin disculpas, así que me pongo a ello. Y es ahora cuando veo que, como nunca le dejé explicarse completamente, no tengo del todo claro qué debo escribir. Porque escribir un libro es emprender un viaje del que no conoces exactamente ni las cosas que te pueden ocurrir por el camino ni tampoco cuál es el destino al que se llega. Así pues, no sé quién va a ser el lector natural de lo que resulte, pero no pienso preguntárselo ahora tampoco. De todos modos, aunque su trabajo fue en el campo de la educación, no me engaño, yo no soy joven y uno sólo sabe hablar cabalmente con la gente de su edad.

(Por favor, si eres joven no hagas caso de esos señores o señoras mayores que dicen que por dentro siguen siendo jóvenes, no les creas. Se vive de distinto modo en cada época de la vida. Esto no se debiera tener que recordar, pero vivimos una época en que mucha gente se cree las ñoñerías que les convienen y las va contando por ahí. O peor, puede que quieran algo de ti que te ocultan; yo que tú desconfiaría.)

Un primer problema antes de empezar: ¿Quién lee? ¿Quién está leyendo? ¿Eres lector o lectora? No lo puedo saber, y aquí voy a pedir otra vez licencia porque no podré escribir todo el libro refiriéndome a *lector, lectora*. Pido permiso para referirme siempre a ti, *lector*, aunque estadísticamente es más probable que seas lectora. Soy consciente de que el lenguaje encierra la memoria de la larga historia de dominación de los hombres sobre las mujeres, y de que las lenguas latinas, concretamente, manejan dos terminaciones de género para personalizar, pero no puedo pretender compensar aquí esa injusticia histórica sin resultar pesado; es decir, sin incomunicar.

Y tengo bastantes dudas importantes: ¿Debo escribir este librito para aprendices de escritor? (Nadie se ofenda por la palabra *aprendiz*, pues el de escritor es un oficio humilde antes que nada y todo hay que aprenderlo), ¿o debo escribir para cualquier persona que, en un momento de su vida, como por ejemplo en la etapa de los estudios obligatorios, va a tropezar con textos literarios?, ¿o debo pensar en un lector ya adulto que siempre disfrutó de la literatura pero al que ahora le

gustaría acercarse a una interpretación personal, y también global?, ¿y debo trazar una guía explicativa de los distintos tipos de estilos literarios o hacer algo más íntimo y personal?

No sé contestar a esas preguntas en estos momentos. Cuando escribo esto no sé lo que me va a salir. Aunque también, a esta altura de la vida y tras bastantes libros, sé que si consigo llegar al final para entonces ya habré contestado esas preguntas. Aunque este librito no será ficción, espero, trata de literatura y esta es un camino en el que uno siempre va encontrando cosas y donde no importa tanto que no halle respuestas a todas las preguntas.

Además, aunque al empezar un camino uno no sabe con certeza dónde va a acabar, también es cierto que si me puse a escribir este prólogo es porque previamente fui haciendo unos apuntes con asuntos e ideas para tratar. No tengo un mapa completo del libro —a lo mejor debiera—, pero sé que hay ciertos asuntos de los que quiero escribir. Pido, pues, un poco de confianza, una pequeña apuesta.

Como uno se puede dar cuenta, al explicar que nace del encargo de un amigo estoy diciendo que todo lo que estos días escriba aquí será desde los afectos. Los afectos a la literatura y a cualquier otra cosa a la que me refiera. Y ahora sí, va el discurso.

(Pero conviene recordar que todo lo que se escribe sobre literatura es también una narración y con las narraciones uno nunca sabe... A ver lo que ocurre.)

1

El tiempo – El juramento, la promesa – Poetas – La palabra originaria

Y atiende, repara en que en el prólogo que he escrito ya aparecieron muchas cosas que tienen que ver con la literatura (y es que muchas cosas tienen que ver con la literatura, pero principalmente la literatura tiene que ver con todo) y supongo que, de un modo u otro, irán volviendo a aparecer conforme vaya escribiendo.

Vuelvo atrás, repaso ese prólogo y veo que justo al principio me refiero a que esto que estás leyendo, en este momento tuyo, yo ya lo escribí hace más o menos tiempo, antes de que tú lo estés leyendo ahora. Incluso puede que si este librito resiste el paso de algún tiempo yo ya no esté vivo cuando tú lo lees. Atiende, pues, repara en la magia de la palabra, y, concretamente, de la palabra escrita: tiene duración.

Tengo para mí que la palabra entera, la palabra verdadera, es la que pronunciamos de nuestra boca, la palabra hablada. La palabra pronunciada es el comienzo de todo o, al menos, de todo lo humano, y eso tan remoto y esencial conserva su fuerza. Por eso cuando le pedimos el compromiso personal a alguien le pedimos su juramento o su promesa. Cuánta intención hay, cuánta fuerza, en los «prométeme que», «¡júramelo!».

El juramento es comprometerse a algo ante Dios o los dioses, ante la divinidad. Ese pacto frente a testigos tan tremendos se fue perdiendo conforme Dios y los viejos dioses fueron siendo olvidados en esta parte del mundo, e intuyo que quien hoy hace un juramento no teme realmente el castigo divino, la cólera divina.

La promesa ya es a nivel humano. Aunque sea comprometer el propio honor, uno vale lo que vale su palabra. Quien falta a su palabra no merece confianza, ni que los demás cuenten con uno, ni su reconocimiento. Y si los demás no te reconocen es como si no existieses, tu palabra no vale nada y tu existencia es insignificante.

¿Pero esto es hoy así? No creo. Pienso que hoy la mayoría de la gente ya *no tiene palabra*, no tiene la entidad moral, el peso personal para comprometer su dignidad en una promesa. En la práctica, ya no contamos con que los demás sean personas en quienes podamos depositar la confianza, de quienes creer sus palabras.

La vida urbana que se desarrolla entre desconocidos con la mediación de las máquinas en todo tipo de tratos

hace que las relaciones sean muy impersonales. Ni creemos en las personas ni creemos lo que nos cuentan. La vida social ya nos viene dada y organizada, y no necesita de nosotros, ni de que nosotros seamos “alguien”. Los cambios antropológicos en las últimas décadas fueron tales que una persona de hoy poco tiene que ver con una de la misma edad de hace noventa o cien años.

Pero aún así, qué fuerza conserva la palabra. ¿Acaso no dura en nuestra memoria una palabra que nos ofendió o nos dañó?

(Hubo un tiempo, lo sé porque lo vi, en que alguien escupía en la palma de la mano, estrechaba la del otro y así daba su palabra. Eso significaba algo, un trato. En nuestro tiempo higiénico e infectado de pandemias esto sería simplemente hacer una cochinado, no sería comprendido ni tendría efectividad.)

Estaba yo diciendo que la palabra escrita tiene el don de la duración, pero puede ser que la literatura en sus formas más altas sea aún oral (ya sé, ya sé que *literatura* significa etimológicamente ‘letra escrita’), palabras en la boca de un hombre o una mujer que canta, que las pronuncia ante un público que asiste al acto, que las recita en un espacio teatral, que las dice en una película...

No me comprometo a afirmarlo, pero sospecho que uno de los mejores parlamentos literarios en mucho tiempo esté en la película *Blade Runner*, cuando el *replicante* Roy Batty resume el momento que vive —esto va ahora de memoria—: «Yo he visto cosas que vosotros

no creeríais. Naves de guerra en llamas más allá de Orión. Vi rayos C brillar en la oscuridad en la Puerta de Tannhäuser. Y todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia. Es tiempo de morir». Y se moría.

En esas frases escritas por los guionistas y por el actor protagonista, Rutger Hauer, se resume el sentido de la película. La literatura es un conjunto de representaciones de la vida en las que el autor intenta dar sentido al vivir, y para eso no hay nada como la representación teatral o cinematográfica. (Rutger Hauer acabó su carrera interpretando papeles muy precarios; los actores y actrices son seres mágicos con destinos inciertos, pero en el momento en que pronunció esas palabras vivió para siempre.)

Recuerdo la figura del poeta Uxío Novoneyra. Novoneyra fue en un tiempo *rapsoda* profesional —hoy la palabra cayó tan en desuso como el oficio, pues la poesía no tiene ya momento o lugar claro donde asentarse—. El rapsoda Novoneyra daba voz a las letras escritas por los poetas españoles en lengua castellana en la TVE en blanco y negro de los años sesenta. («Nuestras vidas son los ríos que van a parar a la mar, que es el morir.» Palabras sobre unas imágenes del agua de un río que corría. Y al escribir esto lo relaciono con el monólogo agónico del replicante Roy Batty, porque los temas poéticos son un eco incesante.) Con aquella misma voz de rapsoda recitaba también sus propios poemas fuera de la pantalla y en gallego, la lengua

negada. No se trata de si impresionaba su recitado, pues era otra cosa de más hondura, era asistir a un acto.

La palabra hablada sólo existe en el presente, aunque la podamos enlatar, encerrarla en una grabación como un intento de actualizarla, de evocar el presente que ya existió. Pero eso solamente es un eco.

Y recuerdo a Carlos Oroza, una mezcla de rapsoda y poeta sin verdadera obra pero con voz propia y que, con pocas palabras robadas aquí y allí, era capaz de hacernos recordar lo que no conocimos y pudo haber sido, un tiempo en que había dioses y estos podían ser invocados a gritos.

Sólo la palabra hablada puede ser mágica. Un conjuro se puede escribir y guardar en secreto, pero únicamente libera su poder cuando es pronunciado con la debida fe y respeto. Una oración puede escribirse, pero sólo el acto de la oración puede servir como acceso al cielo, la verdadera oración también es en voz alta.

Me preguntaron varias veces cómo era que había escrito literatura de distintos géneros y no poesía. Creo que tengo una respuesta, que me falta inocencia o, caso de tenerla, la capacidad o el valor de expresarla (¿o es fe lo que me falta? Por carecer de inocencia). Y aún creo que puede ser que sea precisamente el haber escrito ficción y ensayo, que obligan al análisis, lo que me ha entorpecido para escuchar la palabra poética o para impedir que naciese dentro de mí. El novelista y el ensayista no dan poeta verdadero, de hecho lo dañan.

El poeta pretende, no trascender la realidad ordinaria, sino dejar un conjuro que nos permita luego a los demás volver a abrir esa puerta invisible. Yo creo que no sé hacer esas puertas; puedo ser carpintero de palabras, pero no sé ser mago. No soy capaz, aunque les tenga envidia.

Nunca podré acercarme a ese momento de conocimiento de un adolescente de Zamora, Claudio Rodríguez, que escribe, como si estuviese hablando: «Siempre la claridad viene del cielo; / es un don: no se halla entre las cosas / sino muy por encima, y las ocupa / haciendo de ello vida y labor propias». O los poemas de prisión de César Vallejo: «He almorzado solo / ahora, y no he tenido / madre, ni súplica, ni sírvete, ni agua». O las visiones del casi niño Rimbaud.

Las artes son magia, la literatura también. Puede que no la más poderosa, pues la música es salvaje, en los sonidos de la música nos unimos los humanos a los pájaros, a los ritmos de la lluvia, de las olas del mar, el fluir del río y el paso del viento, y por eso nos conmueve a los humanos y a los demás animales (y por eso a mi perra le gusta la música de Johann Sebastian Bach).

Pero tanto, la literatura, como la música, tienen en común el crear una dimensión espaciotemporal propia y la capacidad de llevarnos a ella. Aunque, debo reconocerlo, la dimensión que crea la literatura tiene el límite de la imaginación humana y, por el contrario, la que crea la música se extiende y se extiende sin que seamos capaces de alcanzar sus límites.

La literatura no está tan cerca del origen como la música, pero es esencial también, por eso su musa es Mnemosine, la madre de todas las musas, la memoria. Mueve y conmueve antes la música, pues basta oírla para que actúe en nosotros, en cambio, la literatura nos pide algo, que la atendamos o leamos.

Pero la literatura es la primera arte humana puesto que está hecha de lo único que nos diferencia y nos separa de nuestros congéneres, los demás animales: el lenguaje articulado. El lenguaje organizado que nos permitió transmitir experiencia y memoria de un individuo a otro a través de generaciones; lo que nos permitió crear civilizaciones; lo que nos adentró en un camino de progresiva autoconciencia y lo que nos fue separando de los demás seres vivos y del conjunto del mundo, de eso que llamamos de un modo posesivo y distante «la naturaleza», y que verdaderamente es el mundo, y, en términos religiosos, «la Creación».

El *Génesis* tiene un valor singular dentro de la Biblia. Es su mito fundador y cifra nuestra condición humana para los habitantes de la civilización judeocristiana. Adán y Eva: esos dos seres creados distintos a los otros y a quienes se les asigna el destino de dominar y reinar sobre los demás seres para explotarlos. Ni siquiera el mensaje del judío Jesús nos saca de los límites de un mundo exclusivamente humano, angustiosamente humano.

Y el relato del jardín del Edén, donde reinaba la inocencia hasta la adquisición del conocimiento, puesto que comer la fruta de su árbol nos condenó al exilio del

Paraíso. Nos condenó a perder la inocencia. Tras comer la fruta «abrieron los ojos»; fue entonces, a partir de esa transgresión, cuando se vieron desnudos. Vieron, se vieron a sí mismos, ganaron la conciencia y se separaron del mundo. Y aprendieron a mentir y ganaron la vergüenza e, inmediatamente, también la culpa.

La Biblia es mito religioso para judíos y cristianos —esa es su verdadera y única naturaleza—, pero para la gente profana y profanadora es literatura con la que dialogamos y nos inspira.

Eso es la literatura: esa profanación, los restos de la memoria del origen, la transformación de los mitos religiosos en relatos profanos. Y así leemos como relatos puramente literarios la *Iliada* o las sagas celtas, germanas o irlandesas, historias de dioses y héroes fundadores.

Los humanos, separados del mundo sagrado por la evolución de la autoconciencia, por el lenguaje, no podemos desandar ese camino de escisión, pero guardamos añoranzas del origen, el ansia secreta de regresar a la inocencia. Y, paradójicamente, el lenguaje que nos hizo diferentes y nos separó es también el único instrumento que tenemos para tender un puente y desandar el camino para mantener o restablecer el vínculo con lo divino original. Las oraciones religiosas son ese deseo, esa imprecación, mensajes de vuelta a la fuente sagrada del origen.

Y cuando la literatura quiere acercarse de vuelta al origen, desandar el camino de la conciencia y del

control racional y abandonarse a los ritmos de la vida y del mundo, entonces se entrega a versificar. Los pitagóricos descifraron los números del mundo y, porque conocieron lo secreto se negaron a transmitirlo por escrito a desconocidos; la numeración de los versos es el intento de hablar el lenguaje secreto de la vida. Someterse al canto de los versos quiere ser someterse a las leyes del mundo.

Francisco de Asís fue un traidor al latín, que era un conocimiento reservado a sus guardianes, y fundador por lo tanto de la poesía en lengua vulgar. Necesitaba el italiano hablado en su tiempo para actualizar las invocaciones y celebraciones primeras en su canto a la Luna y entregárselas a la gente. Fue un santo populista y, como Prometeo, también le robó algo a los dioses para dárselo a los humanos.

2

La palabra escrita – Inocencia y alfabetización – La máquina que lee – Epitafios

De la poesía querría aún decir algo en otro lugar, ya encontraré la ocasión más adelante. Ahora quiero decir algo de la palabra escrita, que es la sombra de la palabra hablada.

La palabra escrita crea ese momento presente que queda inmovilizado para cualquiera que lea el texto. Está como en conserva, deshidratado o en polvo, aguardando en el envase del libro a que le des vida con esos ojos tuyos que repasan ahora estos trazos de tinta sobre papel o pantalla. Tu mirada está animando las palabras, y, si lees en alto, entonces le das la vida completa a estas palabras que aguardaban por alguien que resulta que eras tú.

Creo que la mejor lectura es la que se hace en alta voz, levantando las palabras y escuchándolas. A ese

trabajo mental, silencioso e interno al que nos hemos habituado y que es leer, y que se realiza a través del sentido de la vista, le ayuda incorporar el sentido del oído. Hacemos la lectura más física y la comprendemos y aprehendemos mejor, dejamos que la música y los ritmos del texto recorran nuestro cuerpo. Algo de eso hacen los alumnos de las madrasas que recitan, musitan y llevan el ritmo de la lectura. Leer es una acción, pero olvidamos esa evidencia.

Las nuevas tecnologías que trasladan lo escrito a voz abren a paso a una nueva posibilidad, la de que escribamos historias para ser escuchadas. El novelista se acercaría así de vuelta al narrador oral primitivo, cerrando un círculo extraordinario.

Si creo que la palabra con toda su fuerza original es la palabra hablada, ¿entonces de dónde le viene su poder a la palabra escrita? (La verdad es que nunca antes había pensado en ello, pero es que una cosa lleva a la otra.)

Puede ser que le venga de la determinación de quien la escribe. Uno puede hablar sin pensar, decir cosas que no pretendemos que sean trascendentales, pronunciar palabras que únicamente sirvan a ese momento y no vayan a ser recordadas ni siquiera por nosotros, pero si esas palabras se escriben es porque se tiene la determinación de que perduren, y quien las escribe les confiere su fuerza.

Los griegos, reuniéndose para entregarse a la posesión del dios, hicieron que una copa sacrificial hablase escribiendo palabras alrededor de su borde, y que las

estelas funerarias revelaran el mensaje que guardaban cuando fuesen interpeladas por la mirada de un lector.

También los contemporáneos hacemos hablar a las cosas, cada monumento con su orla que recuerda al homenajead y a quienes lo homenajean; las lápidas funerarias que dicen los nombres a recordar y a veces una frase (una de las mejores: «Marcho, que teño que marchar»).

La palabra escrita servía para establecer un contrato, para hacer constar una contabilidad mercantil de la que había que responder, para establecer una ley —el código de Hammurabi— o para fijar el relato sagrado de la creación del mundo. La vida económica y social descansó durante siglos en lo que estaba escrito en arcilla, una piedra, un pergamino o un papel, y firmado por alguien (hoy por los rastros de los algoritmos que formalizan transacciones y comunicaciones en la red).

Firmar es un hecho grave, la persona firmante responde con su nombre de lo que firma, responde con su identidad. Si rompe el pacto firmado perece: pierde su nombre, su identidad y el respeto que ya no merece. El acto de dejar unos trazos en el papel —una huella, al cabo— era y sigue siendo sagrado. Una abuela mía no sabía escribir, así que dibujaba una cruz ante testigos y ese era el momento en que quedaba atada por un juramento.

(El oficio de notario es de una gravedad tremenda. Las reflexiones de un notario sobre su trabajo deben de ser interesantísimas... ¿O no lo hacen, reflexionar?)